

La libertad frente a la patraña

ALL the King's men" es una frase frecuente en la literatura y en el lenguaje coloquial de los anglosajones. Procede de la "Alicia", de Lewis Carroll. Humpty Dumpty, el caballero con forma de huevo, se balancea alegremente en el filo de una tapia. Y recibe la advertencia: si se cae y se estrella en mil pedazos, todos los hombres del Rey—"all the King's men"—no serán suficientes para recomponerle. Nixon, Presidente de los Estados Unidos, se estrelló contra el suelo frío de la democracia, balanceado hasta el final por el lento, pero paoroso sistema de procedimientos senatoriales, judiciales, de opinión pública. Todos los hombres del Presidente no fueron suficientes para recomponer su imagen destrozada. "Todos los hombres del Presidente" fue el título del libro que los descubridores del "Caso Watergate" que destruyó a Nixon, los reporteros del "Post", de Washington, Bernstein y Woodward, dieron al libro en el que relataron su gesta periodística (en España está publicado por Euros, Barcelona), y lo es ahora del film de Alan J. Pakula, que interpretan Dustin Hoffman (Bernstein) y Robert Redford (Woodward). La película apenas relata la historia del caso, sino la de una investigación periodística y, por consiguiente, el valor de la prensa en la democracia.

En 1972, un joven y todavía oscuro periodista del "Post", Bob Woodward, se encontró con un pequeño caso, con un suceso sin gran trascendencia aparente: unos individuos habían entrado en el hotel Watergate, donde tenía su sede el cuartel general del partido demócrata que preparaba la campaña electoral de Mac Govern. Woodward encontró ciertas irregularidades, ciertos misterios en el proceso. Comprendió, cuando otros periodistas no alcanzaron a olfatear nada, que podía tener algo importante entre sus manos, si profundizaba. Woodward escribía redactaba con poca facilidad. Le falta riqueza en el lenguaje y en la expresión. Un joven redactor judío de su mismo periódico, Bernstein, no solamente con más experiencia, sino con mayores ambiciones literarias, comenzó a prestarle ayuda. Luego se apasionó con el tema. Entre los dos acertaron a construir minuciosa y pacientemente el edificio acusatorio del complejo Watergate. Restituyamos a la

prensa el mérito que se anotaron después los jueces y el Congreso. Sin ella, nada o apenas nada hubiera sucedido; el asunto se hubiese ahogado en una marea de corrupción. El libro, ahora la película, son monumentos a la libertad de prensa. Tras ellos y sus efectos puede pensarse lícitamente que todo poder que censure periódicos, impida su difusión, los secuestre o cree un clima de terror entre ellos por multas, suspensiones u otras formas

de amenaza tiene un Watergate (por lo menos uno) que ocultar. Podrá imperar, pero habrá perdido su credibilidad. En España llevamos ya algún tiempo asistiendo a la acción de la prensa, casi sola, siempre perseguida, siempre mediatizada, por el restablecimiento de una democracia. En el film vemos—dentro de una confusión de nombres, fechas y datos, que se aumenta por la distancia del asunto, en el tiempo y en el espacio—cómo la prensa ha servido para mantenerla.

Richard M. Nixon confesó el lunes 5 de agosto de 1974. Llevaba dos años mintiendo. Poco antes, el Comité de Asuntos Judiciales del Congreso había votado tres veces: las tres había reconocido a Nixon culpable. Sobre todo, o resumiéndolo todo, de abuso de poder. Nixon en persona, sus ayudantes más próximos, el propio ministro de Justicia, habían utilizado fondos de procedencia ilegal no sólo para su campaña, sino para el sabotaje de la campaña del candidato adverso. Habían lesionado gravemente la democracia. Y el Presidente llegó a ser forzado a entregar las últimas cintas magnetofónicas de sus conversaciones en la Casa Blanca: contenían tantas evidencias que su único recurso posible era confesar. Un recurso: esperaba que esta tardía manifestación no de arrepentimiento, sino de cinismo político, aún le valiera alguna adhesión final. Se equivocó. Le abandonaron ya los últimos "hombres del Presidente". Su partido le conminó a dimitir: la resistencia de Nixon a abandonar el poder podría acarrear en las elecciones legislativas una horrible caída del partido republicano. Los efectos han llegado hasta este momento: en las elecciones del próximo noviembre aún se recordará el episodio de Watergate.

Tres días después de su confesión, el Presidente dimitía. Al irse, aún se aferraba a la última mentira de dos años de falsedades: todo lo había hecho "por servir a la patria". Pero su sucesor, Gerald Ford, al jurar su cargo de Presidente de los Estados Unidos de América el 10 de agosto de 1974, y aún solicitando oraciones para sí mismo y para el caído, tenía una frase de epitafio: la pesadilla ha terminado.

Aún hubo un vago aroma de

Juan Aldebarán

martirio y sufrimiento en torno a la figura de Richard Nixon. Desconfiemos de él y de quienes lo difundan. Desconfiemos de quienes pregunten qué oscuros mecanismos están detrás de esta caída. Ciertamente que la política de los Estados Unidos, como la de cualquier país de nuestros tiempos, tiene una amplia capacidad de movilizar oscuros mecanismos: pero tiene, en cambio, la candidez, la pureza suficiente como para descubrirlos en un momento dado, como Bernstein y Woodward, que, apoyados por el "Post" y luego por todo el equipo de investigadores periodísticos de ese y de otros periódicos, han sido capaces de hacerlo. De forma que la representación del pueblo, impersonada por el Congreso y la Justicia, como poder independiente del ejecutivo y del legislativo, más allá de todas las obstrucciones, pueda actuar con garantías. Y con la suficiente fuerza como para pasar por encima de la obstrucción ejercida por el poder presidencial ejercido con despotismo. En el proceso de Watergate se juzgó bastante más que el sórdido asunto del espionaje en el cuartel general del partido demócrata, sórdido asunto que fue más allá de su enunciado simple, porque suponía un intento de torcer la voluntad del pueblo en trance electoral. Se juzgó, además, la excesiva acumulación de poderes en un solo hombre—en el Presidente—en detrimento de la separación de poderes que es justa y racionalmente establecida por la democracia. Desconfiemos de quienes no creen que el castigo no está en consonancia con un delito que consideran menor: serán personas para quienes el aplastamiento de la oposición es algo lícito, incluso inteligentemente astuto, por parte de los poderes. Se comienza espiando a la oposición, se

termina encerrándola en campos de concentración, en islas Dawson o Yaros, torturándola, exiliándola, asesinandola. No se ha podido decir, después, que el proceso y causa de Nixon sirvieran para restaurar enteramente la democracia en los Estados Unidos, pero sí puede decirse que sin esta serie de acciones conjugadas de varios estamentos la democracia podría haberse descompuesto, degenerado aún más.

Desconfiemos de quienes creen—o dicen—que el culpable no era Nixon, sino el sistema que hizo posible que un conjunto de truhanes ocupara el escalón máximo del poder, porque estarán desprestigiando a la democracia para sus propios fines, ocultando con la misma técnica que Nixon la profundidad de la cuestión: que el sistema no ha permitido que la irregularidad continuase, y que no lo ha permitido utilizando sus propios medios constitucionales, sin recurrir al golpe de Estado o a la defenestración de los culpables: sin obligar a suicidarse al contrario en el palacio presidencial, metrallera en mano—¡Chile!—, sino acorralándole pacífica y serenamente por los mecanismos previstos para la acusación. Nixon fue el Presidente bajo cuyo mandato se bombardearon las ciudades de Vietnam del Norte y se bloquearon sus costas: quien dispuso la invasión de Camboya y la extensión de la guerra: el período Nixon es aquel en que se implantaron las dictaduras de Grecia y Chile, se decretó la alarma atómica mundial del 25 de octubre de 1973, se enardeció la guerra del oriente árabe y se manipularon las materias primas—principalmente, las energéticas—en beneficio de la tesorería de los Estados Unidos y en detrimento de las economías de todos los demás—incluido el Tercer Mundo—; y que por estas y otras vías se forzó a Europa a aceptar de nuevo una posición subordinada en el momento en que parecía que podría comenzar a tomar una capacidad independentista que había buscado durante muchos años.

Nixon murió de sus propias obras. La picaresca que descubrieron Bernstein y Woodward estaba en su naturaleza, en la línea que adoptó desde el primer día que entró en la Cámara de Representantes. Quizá aquello fuera lo más honesto de su carrera política, porque respondía a sus convicciones; y lo

más deshonesto, recubrir esa política con el manto de la coexistencia, con la piel de cordero de los viajes a Moscú y a Pekín, que estaban mandados, ordenados por los votos por los que existían él y su partido. De los votos que supo arrebatarse por cualquier medio a su oponente electoral, el senador Mac Govern, a quien el espionaje fue dejando, uno a uno, sin sus temas principales de campaña electoral.

A esta distancia de un par de años, y en vísperas de unas elecciones poco estimulantes, puede verse que la política general de Estados Unidos no ha cambiado demasiado con la evicción de Nixon. Comenzó a ser distinta en esencia en el momento en que las primeras acusaciones, las de Bernstein y Woodward, pudieron apuntar a la Casa Blanca, y su inmunidad se resquebrajó, y su poder omnimodo comenzó a no serlo. Pero los cambios no son repentinos. Una larga mentalidad se viene arrastrando: el "sueño americano" no comenzó a

ser pesadilla con Nixon, sino antes, y la pesadilla general no ha terminado con sólo este episodio. Pero sí hay que considerarlo como uno más, y, quizá, el más significativo, en una escala de sucesos mundiales: los que terminaron con las dictaduras de Grecia y Portugal, los que decidieron el neto progreso de la izquierda en Italia y la unidad de la izquierda en Francia, los que establecieron gobiernos socialistas en numerosos países de Europa (por moderados, por tímidos que parezcan). Es, en realidad, el final de la posguerra. La guerra fría empuñó el idealismo de los años en que se fundaba un mundo nuevo en San Francisco y contribuyó a la depauperación de las democracias hasta darles un carácter puramente espectral. La guerra fría comenzó a terminar con la presidencia de Kennedy, y su asesinato sirvió para volver la situación más atrás; comienza ahora a terminar otra vez, y la caída de Nixon fue uno de los episodios más

importantes en las pautas de la nueva era. Ha tenido retrocesos —toda la situación latinoamericana, todo el colonialismo económico de Europa—, pero su advenimiento es ineluctable, en un tiempo no determinado. Más que una picaresca local, más que un combate puramente washingtoniano —y, desgraciadamente, el film que se estrena ahora en España está muy reducido a esa pequeñez local, o da esa sensación— hay que ver en esa defenestración metafórica del último Presidente venido del frío el comienzo de una era en la que él mismo quiso introducirse por astucia y no por convicción.

La película "Todos los hombres del Presidente" comienza cuando el joven reportero Woodward encuentra el gran filón político y periodístico; termina cuando ya el tema es público y pertenece a todos, y se resuelve —mal— con una serie de noticias de teletipo que legan hasta la caída de Nixon. Es la película de una acción periodística, lle-

vada adelante por encima de todas las advertencias, de todas las amenazas —la de la suspensión del periódico, la de acabar con las vidas de los reporteros, la de la destitución del director del periódico—. Queda transcrita la finalidad de una profesión, y queda transcrita sin énfasis, sin apelativos a la grandeza y el honor, a las virtudes de los defensores de la información veraz, sino simplemente como una descripción de la humildad de un oficio que puede acabar con el Presidente del mundo simplemente porque se ejerza con calidad profesional y con entereza personal. Si las virtudes cinematográficas del film hubiesen estado a mayor altura, la película sería un monumento a la libertad de prensa. Aun con sus fallos, es perfectamente eficaz en el actual momento español, en el que la humildad y la sencillez de este oficio, cuando se ejerce con honestidad, están clarificando toda la vida nacional. ■

Watergate en el cine

ERA previsible que Hollywood no despreciara la oportunidad de convertir en película taquillera el escándalo Watergate. No son sus intenciones (las del mundillo de los productores que conforman ese monstruo de la industria cinematográfica norteamericana) hacer del cine un medio de lucha por mantener la democracia de su país, sino mantenerlo vivo como gallina de huevos de oro. Y si Watergate ha sido el suceso más importante de los últimos años con capacidad para convocar la atención de todo el pueblo norteamericano; si el libro "Todos los hombres del Presidente" ha sido un "best-seller", no hay posibilidad de resistirse a la continuación del éxito. Para ello se combinan ágilmente los nombres de actores hoy populares: Robert Redford (uno de los productores de la película) y Dustin Hoffman. Cualquiera de ellos podría ser suficiente para atraer al público, pero "dada la importancia del caso Watergate" se multiplica el reparto. Otros actores secundarios (Martin Balsam o Jason Robards) completarán el "touche".

La estructura narrativa que precisa la película para no convertirla fácilmente en un alegato contra la corrupción de algunos elementos del Gobierno o en esquemática defensa de la libertad de prensa (simplicidad que podría destruir el éxito taquillero, puesto que ya el público conoce esos datos y está un poco harta del cine simplón de buenos y malos), es confiada al director que ya en películas suyas anteriores había contado prácticamente esta historia:

Alan J. Pakula, cuyo "El último testigo", por ejemplo, era una presentación de los confusos mecanismos del poder para mantenerse en él, Pakula, pues, no hará un panfleto, sino que convertirá la película en un minucioso estudio de las peripecias de los periodistas del "Washington Post" que iniciaron la investigación sobre el Watergate, entre sacando de ese estudio los elementos básicos de la película: 1) Debe ser históricamente objetiva. 2) Debe tener carácter de documento histórico, pero con implicaciones combativas: algún discurso sobre la democracia y la libertad de prensa. 3) No debe abandonar las posibilidades de los actores y, entre todo el follón watergatiano, son necesarias algunas muecas que recuerden al espectador que está ante dos "monstruos" de la interpretación.

Siguiendo, pues, al servicio de los elementos que aparentemente convierten la película en un nuevo éxito comercial, Pakula debe hacer una película honesta y personal (que en sus planteamientos comerciales es una necesidad más de cara a la taquilla).

Lo que parece un pequeño error de composición en el resultado final de la película es que, fuera de los Estados Unidos, la mitad de los datos denunciadores que se muestran carecen de la mínima fuerza emocional. Ni los nombres de algunos senadores, ministros o altos cargos de la Casa Blanca tienen en Europa la popularidad que en el proceso real norteamericano tuvieron, ni esa objetividad narrativa que no comprometa a republicanos ni demócratas



Dustin Hoffman y Robert Redford son los periodistas Bernstein y Woodward en el film de Pakula.

(con el fin de no prescindir de ningún espectador) tiene en Europa importancia. Quiere esto decir que en la detallada combinación de los elementos comerciales se ha olvidado a otro consumidor del cine norteamericano. Y aquí "Todos los hombres del Presidente" no deja de ser una repetición innecesaria de sucesos generales ya conocidos. No existe la vinculación emocional que podría aportar un espectador norteamericano ni el espectáculo suficiente para interesar por otros motivos. Y es que la película no debía haberse limitado a ilustrar la narración del libro, sino continuar el "discurso" en un análisis

más generalizador. Las implicaciones políticas inmediatas del caso Watergate son una cosa, pero la realidad que las hace posibles, otra más amplia y de mayor importancia. Esto, sin embargo, podía haber limitado, como se apunta más arriba, el número de consumidores. Y no nos engañemos: este tipo de películas nace de un concreto análisis de mercado. El resto, si es que lo hay, corresponderá ya a la línea general del trabajo de un director. Pakula, como se ha dicho también, había realizado esta película anteriormente con más limitaciones y con mayor virulencia. Aquí se repite y mal. ■ DIEGO GALAN.